

su cómplice Pombal, pusieron al Papa el cuchillo en la garganta. La palabra no es demasiado expresiva; ¿creeis, por ventura, que el martirio de Luis XVI no tuvo nada que expiar?

El Papa, heróico y santo anciano, se resistió; pero no tardó en bajar al sepulcro al colmarse la medida de las amargas que había sufrido en su dilatada carrera.

Murió; y con su última mirada, llena de tristeza profética, contó los degenerados hijos de San Luis, que vacilaban sobre los tronos católicos.

Y Lorenzo Ganganelli, elegido Sumo Pontífice, hizo pedazos la Bula de Paulo III.

La Compañía de Jesús cayó sin exhalar una queja; muriendo, como había vivido, en la obediencia ABSOLUTA.

Esta es quizá la página más grande y más hermosa de la historia de la Compañía. Podría decir aquí que la guardo para otro libro más extenso y más completo; pero al decir esto mentiría. Esa página no la escribiré jamás.

Profeso un respeto sin límites á la Cátedra de San Pedro.....

LA ÚLTIMA PALABRA.

Cretineau Joly, al empezar su excelente obra, tan rica en datos, declara, como un testigo ante el tribunal, que al escribirla, no es amigo ni enemigo, admirador ni adversario de los Jesuitas. Los Jesuitas son para él, según dice, lo que Vitelio, Oton y Galba eran para Tácito.

Yo, al terminar mi ligera é incompleta obrilla, declaro, por el contrario, que admiro y amo á los Jesuitas. No es preciso ser indiferente para ser imparcial; y sobre la virtud neutral de la imparcialidad está la verdad, que lo domina todo.

La verdad, sí; la verdad, que en virtud de la ley soberana de la justicia, obliga á anatematizar al mal perseguidor y á vengar al bien perseguido. Un cristiano no necesita afirmar que no tiene interés humano en mentir; su interés es la ley de Dios, que ha dicho: «No

mentirás;» y todos los intereses humanos juntos no pueden servir de excusa á la transgresion de esta ley.

Es bueno y prudente que cada cual desplegue su bandera. La franqueza es la suprema habilidad. Añado que desplegar su bandera, ponerse lealmente su escarapela, es la condicion misma de la imparcialidad. Diciendo: «Amo á los Jesuitas y condeno á sus enemigos,» descubro sinceramente mi corazon, y desgarro cualquier velo que pueda oscurecer el sentido de mis juicios.

Me agrada esto, porque me obliga á razonar mi dictámen con más solidez.

En este libro he querido principalmente, despues de haber trazado á la ligera un bosquejo de la maravillosa obra de los Jesuitas, bosquejar también las negras y tortuosas intrigas de sus enemigos; he querido mostrar hasta qué punto extraordinario las gentes que han hecho de la palabra *Jesuita* una injuria, eran el retrato exacto y vivo de la monstruosa y desleal criatura que llamaron un Jesuita. Este es el lado original de la cosa.

Los escritores protestantes se han encargado por mí de dar á conocer á Tartufe filósofo

ó jansenista, empleando, prodigando las truhanerías, todas las infamias se puede decir, que este rey de los hipócritas echa en cara á la posteridad de Loyola.

Pombal es el Tartufe-Tigre que Molière no ha hecho; pero M. de Choiseul, mezclando á los Jesuitas en el *caso de conciencia* de la Pompadour, tiene manos de noble escamoteador, bastante blancas para tentar, sin manchar de encarnado, la seda del vestido de Elmira; este ministro es un comediante que no llega al melodrama hasta el día en que corta la cabeza á Lally-Tollendal.

El resto de la semana, no corta más que la cola del perro de Alcibiades, divirtiendo de esta suerte á los atenienses, mientras que arruina y deshonorra á Atenas, para suplicio de aquellos que lo habian glorificado y engrandecido.

Véase, pues, el Tartufe de los diccionarios y el enemigo normal de los Jesuitas. Este es aquel que se ha mirado en su conciencia como en un espejo, y no viendo en el mundo nada más perfecto que él mismo en materia de hipocresía, ha mandado su propia máscara á casa del atrecista, y ha escrito encima *Jesuita*,

para que el desprecio del mundo entero agobie á este maniquí expiatorio.

Y los Jesuitas no son arrojados ni por arrianismo, ni por sabelianismo, ni por causa de Tichonio, el hallazgo de cuyo maravilloso nombre procuró á la sentencia del Parlamento tan ruidoso éxito de carcajadas, ni tampoco por San Juan Bautista ó Abraham: los Jesuitas son arrojados, porque Choiseul y la Pompadour,—M. y madame Tartufe,—han tenido necesidad de jugar su pequeña farsa política, de satisfacer ciertos ódios y de escamotear algunos millones.

¿Son estas cosas menos ciertas por haberlas dicho un hombre que no oculta su desprecio hácia los farsantes de baja estofa, calumniadores de sus víctimas, y su admiración hácia los santos que piden á Dios la salvación de sus verdugos?

Hubo una reacción profunda: cuando faltaron los Jesuitas se sintió en todo un gran vacío, y singularmente en la predicación y en la enseñanza.

El eco de este desastre resonó hasta los confines del universo, y se prolongó á través de los años. El grito de sorpresa y de dolor que

produjo lo encontramos, no solamente en la literatura cristiana, sino en las obras filosóficas y universitarias. Chateaubriand piensa en este punto del mismo modo que Fontanes, Joubert habla como de Maistre, Lamennais como Voltaire, y Federico de Prusia como Lally-Tollendal:

«¡La Europa sabia ha sufrido una pérdida irreparable!» Tal es la confesión de la inteligencia. ¡Ah! ¡Cuán lejos se está de acusarlos de ignorancia y de oscurantismo!

«Ha habido entre ellos, decía Voltaire, escritores de raro mérito, sabios, hombres elocuentes, génios (1).»—«Los Jesuitas, añadía d'Alembert, cultivaron con éxito todos los géneros: elocuencia, historia, antigüedades, geometría, literatura profunda y amena; no hay ningún linaje de escritores, en el cual no cuenten con hombres del mayor mérito (2).»

(1) Diccionario filosófico, palabra *Jesuitas*.

(2) *Destrucción de los Jesuitas*, p. 36 y 37. Verdad es que d'Alembert añadía en la misma obra (p. 206) estas palabras notables como confesión: «Los Jesuitas eran tropas regulares, agrupadas y disciplinadas, bajo la bandera de la *superstición*. Eran ciertamente la falange macedónica, que importaba

Federico II, escribiendo á Voltaire que «esta Orden habia producido y proporcionado á Francia hombres de talento extraordinario,» declaraba que queria «conservar su preciosa semilla para procurársela á quienes quisieran cultivar en su casa una planta tan rara.» (1)

Lalande era inagotable en punto á elogiar á los Jesuitas, y echaba en cara á sus enemigos «el haber destruido una sociedad que ofrecia el conjunto más admirable que se ha visto jamás de ciencia y de virtud.»

«Carvalho (Pombal) y Choiseul, añadía, han destruido la obra más bella de los hombres, con la cual no podia compararse nunca ninguna otra obra sublunar, objeto eternamente de mi respeto, de mi gratitud y de mi com-

á la *razon* ver quebrantada y destruida. Los jansenistas son gentes que esperan triunfar cuando combatan solos..... Los Jesuitas expulsados por ellos y arrastrándolos en su caída, pueden dirigir á su fundador San Ignacio esta oracion por sus enemigos: «Perdónalos, Padre mio, porque no saben lo que se hacen.» La filosofía arrojaba de antemano estas burlas, á manera de flores, sobre la tumba de sus buenos amigos los jansenistas, que le habian sacado las castañas del fuego.

(1) *Obras de Voltaire*, tom. LXXXVI, pág. 286.

pasion.» Confesaba «haber tenido en otro tiempo deseo de entrar en esta Orden y sentia no haber seguido una vocacion que debia á la inocencia y al amor al estudio.» (1)

Y Lally-Tollendal decia: «.....La destruccion de los Jesuitas....., fué el acto más arbitrario y más tiránico que se puede imaginar: sus consecuencias fueron el desórden que lleva consigo una gran injusticia y una llaga incurable para la instruccion pública.» (2)

Podria formarse una gran coleccion con estos juicios severos acerca de los asesinos de la Orden, juicios dictados por personas de los partidos más diversos, entre las cuales se hallarian nombres célebres por estilos diferentes; y otra coleccion con los elogios más esplícitos prodigados á las obras de la Compañía.

En ellas se encontrarían reunidos Juan Jacobo Rousseau, Lamartine, Diderot, Talleyrand, Silvio Pellico, Juan de Müller, Mac-Aulay,—que ha escrito sobre este punto pá-

(1) *Diario de los Debates*, 3 de Febrero de 1799: citado por de Maistre, *Consideraciones sobre la Francia*, apéndice, pág. 164.

(2) *Mercurio* del 3 de Enero de 1806.

ginas tan elocuentes,— Chaptal, Fontanes, Dumouriez y qué se yo cuantos otros. ... Pero no estoy familiarizado con este oficio de recopilador de frases, que por otra parte me fatiga, y el uso poco acertado que hiciera de tanta cita cansaria la paciencia del lector. Me contentaré con transcribir estas líneas de Kern, el profesor de Gotinga, que se expresa en estos términos al concluir una especie de comparacion de las opiniones de los protestantes sobre la Compañía: «Los talentos más grandes y los corazones más nobles se han mostrado en todo tiempo favorables á los Jesuitas. Por eso Federico el Grande contestó á los que le pedian su espulsion: «No conozco maestros mejores que ellos para mis súbditos católicos...» Catalina, Francisco Bacon, Hugo Grocio, Pedro Bayle, Leibnitz, Lessing, Herder, Ranck, Beekedorf, se han declarado todos en favor de los Jesuitas, mientras que los ingenios y las almas viles los han atacado siempre con encarnizamiento» (1).

(1) Widerlegung der langischen Behauptung einer gezetzl. Sünde.—Aubefhlung unter den Jesuiten.—1824.

Kern es una lumbrera de la enseñanza en Alemania.

Pero el duelo de la inteligencia no es nada si se compara con la profunda perturbacion que introdujo en las conciencias y que tanto contribuyó á precipitar la ruina de los reyes. Ignacio de Loyola habia creado la Orden en el siglo XVI con el fin especial, confesado en alta voz, de oponerla á una inminente revolucion, y ante la naciente Orden, la revolucion habia retrocedido en efecto.

No soy yo quien dice esto, es la Revolucion, ó más bien las Revoluciones: lo mismo la que abortó en tiempo de Lutero, como la que se realizó en tiempo de Marat. Ningun partidario de los Jesuitas les ha concedido nunca una importancia igual á aquella con que el ódio de sus adversarios trata de agobiarlos, no solamente en el pasado, sino tambien, y sobre todo, en el presente.

¡Cómo! ¿Al presente? ¿No han muerto todavía á pesar de haber dado muerte á tantos por medio del hacha, del tormento, del des-

tierra, del hambre y de la reunión de todas las torturas conocidas antes de ellos, ó inventadas para ellos? ¿Son, por ventura, como esos árboles de los trópicos, que se convierten en bosques cuando se les corta? ¿Tienen el don de la inmortalidad?

Su muerte hizo estremecer al mundo y abrió un abismo. Alrededor de sus funerales se elevó un concierto de quejas y de aclamaciones, que conmovió á los dos hemisferios; y sin embargo, al desdoblarse cualquiera de los papeles diarios, herederos de las gacetas filosóficas, veo que nada ha cambiado, que existen, que mantienen todavía á las familias en la esclavitud de su detestable poder, que oprimen al Clero, que absorben á Roma, que se burlan de Prusia, que anatematizan á Turquía, y encuentran tiempo para cimentar, por medio de astucias verdaderamente infernales, matrimonios hiperdramáticos entre misteriosas señoritas, dotadas con millones no menos misteriosos, y todos los antiguos zuavos del Papa.

Tienen sus colegios, algunos más que en otro tiempo, y en sus colegios algunos discípulos más. Y, como decía Enrique IV, estos

discípulos *son suyos*. ¡Podeis desterrarlos á América, sus discípulos los seguirán allí!

Se dirá que esto es debido á una fascinación, á un maleficio; pero es lo cierto que cuanto más se afanan los periódicos revolucionarios por proscribirlos á fuerza de despropósitos y aullidos, mayor es el empeño de los padres de familia en escogerlos para maestros de sus hijos.

No trataré de explicar esto; me basta hacerlo constar, y afirmo que si los tales redactores de papeles callejeros y miembros de la «reunión privada» fundaran colegios algún día (¿y por qué no?) ¡yo, por huir de su enseñanza enviaría á mis hijos á los Jesuitas de Tambouctou!

Los padres por este estilo somos muchos en Francia. De gustos no hay nada escrito.

¿Para qué sirvieron, pues, en definitiva, todas estas cosas enormes y nauseabundas, la confabulación de Choiseul-Pompadour, la liga de los piadosos jansenistas y de los filósofos ateos, las pérdidas pecuniarias del pobre presidente Rolland y consortes, la sentencia cruel y prodigiosamente estúpida del Parlamento, el monda-dientes de M. de la Chalotais,—y las

feroces atrocidades de Pombal, y el campanudo *yo, el rey* de Aranda, y el débil *yo, el rey* de Tanucci, y el microscópico *yo, el duque* de Felino, y tantas intrigas inmorales, y tantas otras cobardes atrocidades?

Para nada.

¿No es esta quizá una de las razones por que los Jesuitas no se toman nunca el trabajo de defenderse? Mueren ellos; ¿pero qué les importa? Vive su lema: la mayor gloria de Dios.

No les toca á ellos defenderse, sino á aquellos á quienes importa no sufrir los desastres de que es nuncio y precursora siempre su caída. Ellos han nacido para caer bajo el peso de la cruz. Esta es su dicha y su honra. En todas partes elevan igualmente sus oraciones á Dios, cuando les arrebatan sus riquezas destinadas á la obra patriótica de la enseñanza ó á la limosna; sus famosos bienes que no son suyos, sino de su obra, de la civilización, de la evangelización, de la educación, sus bienes que nunca han necesitado para sí; pues su voto de pobreza los hace ricos para siempre, y trabajando en la miseria atraen sobre sí mayores bendiciones.

Cierto que su trabajo no nos sirve de mucho, pero ¿quién tiene la culpa de ello?

Para ellos sus ganancias son siempre las mismas; Dios no altera nunca el salario de su trabajo.

Día llegará en que los que se llaman «conservadores,» sea cual fuere su color político, los que procuran con tanta solicitud que sus hijos sean educados por los Jesuitas, día llegará en que comprendan que el bien de los Jesuitas es su propio bien, el bien de sus hijos, que la existencia y la libertad de los Jesuitas son la educación y el porvenir de sus hijos: es decir, el porvenir y la moralidad de Francia en gran parte. Cuando comprendan esto bien los conservadores, quizá defenderán á la Compañía, porque haciéndolo se defienden á sí mismos.

El 7 de Agosto de 1814, Pio VII restablecía la Compañía de Jesús en todo el universo. La Compañía de Jesús obedeció este mandato que le decia como Jesucristo habia dicho á Lázaro: ¡Levántate y anda! ¿Salía, sin embargo, de la tumba? No del todo. La Orden habia muerto

dando muestra de su absoluta obediencia, pero los miembros de la Orden vivían y de ello encontramos en la historia testimonios sorprendentes. En 1775, un año después de la muerte del desgraciado rey que tuvo de ministro á M. de Choiseul, en el París de la Universidad, del Parlamento y de la filosofía, el Padre de Beauregard, «un Jesuita,» subió á la cátedra de Nuestra Señora, y vais á ver que se expresaba como un vivo. Habló ó más bien profetizó de esta suerte: «Al rey y á la religion es á quien atacan los filósofos: *El hacha y el martillo están en sus manos....* Vuestros templos, Señor, serán despojados y destruidos; vuestras fiestas abolidas, vuestro nombre blasfemado, vuestro *culto proscrito*. A los cánticos solemnes que hacían resonar las sagradas bóvedas, sucederán cantos lúbricos é infames.... ¡Y tú, obscena divinidad del paganismo, vienes á ocupar el sitio del Dios eterno, á sentarte sobre el trono del Santo de los Santos, y á recibir el incienso perjuro de tus ciegos adoradores!»

¿Era posible anunciar con más claridad diez y ocho años antes el advenimiento de la *diosa Razon*, adorada bajo la forma de una

Pompadour de baja estofa, en el momento mismo en que la sangre de los miembros de los Parlamentos, saliendo á borbotones, expiaba (ojalá) el apoyo que habían prestado á los enemigos del altar y del trono?

Non prævalebunt. Haga lo que quiera la impiedad, los Jesuitas, aunque no son inmortales, no mueren. Se les ha prometido un martirio sin término, que vale casi tanto como la inmortalidad, porque para sufrir es preciso vivir. Abrid la puerta falsa del ministerio á Choiseul y áun á Pombal, y hasta á los salvajes engendros de esos hijos de la nada, que por un cambio misterioso de la doctrina de Darwin, llegan á procrear monos: los Jesuitas serán conducidos al suplicio, y algun desdichado Huron de París, marchando detrás de Pedro Olivaint que se eleva gozoso al cielo, le clavará la bayoneta en el pié, y veinte fusiles que no se atreven á disparar contra el enemigo, mostrarán en una calle desierta y maldita el valor del asesinato.

Es natural; no podía ménos de suceder así: Olivaint cae para entrar en la vida eterna. ¿Se ve en esto, por ventura, algo parecido á la muerte? ¡Quizá viven todavía sus asesinos,